

XXIV

El drama

CUANDO en la Granjilla vieron llegar á la muchacha agitada, pálida, llorosa, y la oyeron la decisión que había tomado y el inquebrantable propósito que tenía, contristóse el pobrecito abuelo, se apenó el tío Gaspar, comprendiendo que aquello no podía parar en bien, y la tía hiriendo el suelo con el pie, exclamó con brío de enfado y de satisfacción á la par:

— ¡Has hecho bien! ¡Sí, muy bien! ¡Me alegro! Así quedan burlados los Igualadas, tan orgullosos que son. Que esperen, que esperen sentaditos.

— Pues á mí me parece que ha hecho muy mal — dijo Gaspar.

— ¡Pero si no le quiere la muchacha! ¿Se va á casar nada más que porque se le antoja á la Antonia?

— Pues haberlo mirado ella cuando le tomaron el dicho.

— Dale bola! pero si mi hermana la llevó como se llevan los marranos á la matanza...! Si esta criatura no ha tenido voluntad...!

— Pues, vamos, que ha hecho muy mal digo — repuso Gaspar con el tono templado que en él era propio cuando se enfadaba. — Yo creo que lo mejor es que se vuelva al pueblo conmigo. Y una vez allí, que le diga á don Ezequiel cuál es su nueva voluntad, que él lo arreglará.

— Eso es, y que mi hermana la coja y me la dé una paliza que me la balde, como es muy capaz de hacerlo? No, no, la chica no se mueve de aquí. No hagas caso, Manuelilla.

— Mira, Victoria, que vas á tener con tu hermana una petera que ni Satanás sus va á poner en paz, y va á ser peor. Que yo sus conozgo bien y sé lo que va á pasar. Que tenéis muy mal tufo las dos cuando sus quemáis.

— Pues déjalo. Tengo yo ganas de decirla cuatro verdades á mi hermanita. La chica no sale de casa. Como el sol, que no se la llevan.

Manuelilla escuchaba todo esto sentada y silenciosa, en el estado natural de disgusto é intranquilidad, pero sin llorar. El abuelito en su sillón no estaba menos atribulado que la nieta. La Victoria habiase sentado también, y con el entrecejo fruncido miraba al suelo con insistencia y sólo alguna vez acentuaba sus frases poniendo los ojos llenos de enfado que infundía respeto, en el rostro de Gaspar. Este se paseaba tranquilamente por la estancia con las manos unidas por detrás de la cintura.

Después de las últimas palabras de Victoria, á las

que contestó su marido con una elevación de hombros muy expresiva, exclamó ella con risa irónica:

— ¡Que la iba á poner á servir! ¡Que la iba á poner á servir en la corte! Justo. ¡Como que la hija de mi madre lo iba á consentir! ¿Pues hubiera consentido padre, que ahí sentado está y puede decirlo, que ninguna de sus hijas fuera á *servir*, ni siquiera á sacar el ganado como han hecho con ésta, como si fuera ahí una chicuela, una... una cualquiera? ¿Como las hijas de los pastores?

El abuelito sólo pudo contestar con lágrimas, que con el temblor que tenía siempre, los labios le balbucían, y sólo á sus plácidos ojos azules les era dado expresar sus sentimientos.

Por este tenor hizo varios discursos la Victoria en medio del silencio de todos.

De pronto sintieron la voz de un mozo que llamaba al señor Gaspar desde fuera. Se asomó éste á la ventana, y después de cambiar unas palabras con aquél, dijo á su mujer señalando por la ventana:

— ¿Ves? ahí los tienes á todos; mira, mira. Ya llegan aquí la Antonia y Homobono, ahora se apean. Y más atrás don Lucas, Esteban, Membrillo, el Cura, ¿qué sé yo los que vienen? Mira. Lo menos vienen cinco ó seis. Ah, sí, viene también el señor Futos.

La Victoria, levantándose, exclamó con indignación y coraje:

— ¡Pues que vengan! ¡Que vengan!

Y salió del aposento con decisión, seguida de Gaspar, el cual procuraba calmarla, y sonriéndose decía para sí:

— ¡San Antonio, la que va á haber aquí ahora!

Manuelilla no se atrevió á salir del aposento, pero se asomó á la puerta y vió que en el pasillo se encontraron Victoria y Gaspar con la Antonia y el Homobono, á los cuales hicieron pasar á una habitación muy espaciosa, que á la mano derecha estaba.

Antonia tenía el rostro pálido y contraído; Homobono traía gesto más avinagrado que nunca.

La Victoria, aparentando calma, saludólos cortésmente y los hizo sentar en un estrado de humilde silla de paja.

La Antonia tomó la palabra, diciendo con sequedad:

— La Manuela se ha fugado esta noche de casa y yo vengo á por ella aquí. Sé que está y vengo á por ella. Tiene su palabra de casamiento empeñada y tiene que casarse hoy, esta mañana.

Victoria, disponiéndose á contestar, sonrió é hizo un gesto despreciativo como dando á entender lo pueril de aquella demanda. Antonia exclamó:

— No niegues que está, porque Anselmo nos lo ha dicho, cuando hemos llegado, ahora mismo.

— No trato de negarlo — repuso Victoria sonriéndose y encogiéndose de hombros.

En esto entraron en la estancia los que más retrasados llegaron, y hubo saludos y cumplimientos como si se tratase de fiesta, no de litigios y porfias. Acomodados todos,

— Victoria — repuso la Antonia — yo no he venido á perder el tiempo, y estos señores estan esperando. Di á la chica que salga.

— No — contestó la Victoria con aparente calma. — Si estos señores no tienen prisa ninguna... no pueden tenerla...

— ¿Cómo no pueden tenerla? Mira, Victoria, que tu hermana viene amistosamente á tu casa; pero que si empiezas de malas...

— Pero si la chica no se casa...

— ¿Cómo que no se casa? — dijo con severo tono don Lucas, interrumpiendo á la Antonia que ya iba á echar la casa por la ventana. — Señora Victoria y señor Gaspar, les hago á ustedes saber que yo no vengo aquí como don Lucas María Igualada: aquí soy el alcalde

de Villebrines; soy la justicia. Y vengo á por una muchacha que teniendo empeñada palabra de casamiento con este joven, se ha escapado del hogar paterno durante la pasada noche. Aquí está el señor cura y los testigos de boda: el señor Frutos y el señor Membrillo que pueden decir si miento.

—Eso es, sí, muy bien dicho, muy bien dicho—exclamó un coro que vino formándose durante el discurso del alcalde.

En esto se sintió rumor de voces en el pasillo, y Gaspar se asomó á la puerta y escurrióse de la escena breves momentos, pudiéndose apreciar que altercaba en voz baja con alguna persona.

—Todo lo que usted ha dicho, será muy cierto, señor alcalde—repuso Victoria.—Pero ya sabe su merced que para sentenciar un pleito, hay que oír á las dos partes. Usted afirma que la muchacha ha dado palabra de casamiento á ese joven: ¿pero y si esa palabra se la hubiese dado (al llegar á este punto cambió de tono y expresión, y encolerizándose clavó los ojos en el rostro de su hermana y se puso de pie en medio del estrado) forzada, sí señor, forzada por la voluntad de su tía, que la tiraniza como mala madrastra, que es lo que es para ella?

La Antonia enrojeció súbitamente, y ciega de ira, sin poder hablar, porque le temblaban los dientes, lanzóse hacia su hermana gritando y agitando los brazos con loca exaltación.

Por último reventó su boca con estas palabras:

—Venga acá la chica y no me insultes. ¡Harpía! ¡Después que la caso con el mejor partido del pueblo! ¡Después que la doy educación y la considero como á hija! Venga la chica, ea. Tú tienes la culpa de todo por haberla sonsacado.

—No, de aquí no sale. ¡Por el sol que no sale!—rugió Victoria con tesón.

Entonces todo fueron gritos y denuestos entre las dos hermanas, apresuramiento de unos por apaciguarlas, incomodidad de otros tomando la causa de la Antonia, y confusión en la sala toda, donde todos estaban ya en pie.

El alcalde, con voz de trueno, y pegando con el bastón en el suelo, puso fin al disturbio diciendo:

—Ea, basta de porfiar inútilmente: ¡ó sale la muchacha, ó registro la casa hasta dar con ella.

—Pues saldrá—dijo Victoria con firmeza.—Sí señor, saldrá y la oír á usted decir igual que á mí.

Y asomándose al pasillo dió una voz á la chica.

Nadie dijo palabra hasta que Manuelilla se presentó en el umbral: entonces, Antonia corrió hacia ella más ciega que nunca exclamando:

—Pero, marmota, ¿qué has hecho de la vergüenza?

Antes que la tocase se interpuso Victoria.

—Alto aquí—dijo.—En mi casa no se maltrata á la hija de mi hermana. Ella no la puso la mano encima, ya lo sabes.

Don Ezequiel quitó de en medio, con brío, á la Antonia, cogiéndola de un brazo, y acercándose á Manuelilla le dijo reposadamente:

—Vamos á ver, muchacha. ¿Tú sabes que se ha hecho un contrato escrito de que Esteban ha de ser tu marido y tú su mujer? ¿Recuerdas que dijiste querías serlo gustosamente y por inclinación natural? ¿Recuerdas que firmaste ese contrato?

—Sí señor que lo recuerdo—dijo sin embarazo la moza.

—Y entonces ¿por qué huyes la víspera de la boda?

—Porque yo no le quiero—repuso ingenuamente.—Sólo que los tíos...

Esteban entonces se adelantó hacia ella, demudado por la cólera, y la dijo:

—¡Perjura! ¿Y por qué me engañabas? ¡No tienes corazón! ¡Vil! ¡Infame!...

Y cuando iba á asirla por una muñeca, cuál fué el asombro de todos al ver entrar precipitadamente á Faquimo, interponerse, apoyar con firmeza una mano sobre el pecho de Esteban, hacerle retroceder, y exclamar con entereza que daba más energía y solemnidad á sus palabras:

— ¡No la toques, que es mía! ¡Es á mí á quien quiere! ¡Es á mí á quien entregó su corazón hace tiempo! ¡Me juró que no se casaría contigo, y lo ha cumplido; sí señor, lo ha cumplido!

El grito de sorpresa fué general.

Embargado por la estupefacción de tan inesperado suceso, Esteban perdió la serenidad; pero recobrada, y con ella su cólera é indignación, más crecida y exaltada que antes, lanzóse hacia Faquimo, quien le recibió con un tan violento empuje, que desconcertándolo, dió con él en el suelo.

Entonces fueron de oír denuestos, gritos, alarmas, y de ver ademanes, gestos, y la confusión producida por aquel conflicto. Unos separaban á los dos mozos, otros insultaban á Faquimo.

— ¿De manera que usted—dijo don Lucas á la Victoria— no sólo amparaba y protegía á la fugada, sino que tenía aquí escondido al prófugo que yo he hecho buscar?

— Yo no le he visto hasta ahora, ni sé de dónde sale, ni por dónde ha entrado tampoco—contestó ella.

— Señor alcalde—dijo Gaspar— ¿No advirtió usted, hace poco, que hablaban ahí fuera, y que yo salí á ver lo que era? Pues no era más sino que Faquimo acababa de llegar, y porfiaba con los otros mozos en que había de subir; pero salí yo, le enteré de lo que ocurría, y él me prometió no entrar, y se quedó junto á la puerta escuchando.

Faquimo entonces se dirigió al alcalde:

— Yo me fuí, porque no quería ser soldado, sí señor,

porque no quería; pero—añadió con ademanes descompuestos— supe que Manuela se casaba con ese menguado, y vine... ¡Bien sabe Dios cómo! ¡Vine hecho un loco!... ¡Vine para que no se casara! Que si se casa, será conmigo. ¡Sí señor, conmigo!

Entre el señor Frutos y Membrillo lograron sacar á Esteban de la estancia.

La Antonia, con furia que rayaba en delirio, y en voz ora ronca, ora atiplada, por la violencia que hacía su garganta, gritaba:

— ¿Dónde se ha visto cosa semejante? Con que, es decir, Victoria, que tú te traías aquí á la chica para que ese mastuerzo se enamorara de ella? ¡Y lo habrás consentido! ¡Y se lo habrás aconsejado! ¡Nada más que por desbaratar mi plan! ¡Por dil en contra mía!

Faquimo se paseaba muy agitado, pero sin decir nada: Manuelilla, sentada en un rincón, estaba pálida y no con menos desasosiego: el cura, visiblemente preocupado, no podía tener quietos ni pies ni manos, ni rostro ni entendimiento, y de cuando en cuando ponía sus ojos en don Lucas por unos momentos: don Lucas, el rostro contraído y tembloroso, los ojos bajos, parecía víctima de profundísimo pesar: el señor Gaspar estaba perplejo: el Homobono, mohíno, y con gesto tal que ni que tuviera todos los diablos dentro del cuerpo.

Victoria había tomado el partido de no contestar á su hermana, dejándola perorar y desgañitarse como á demente. Pero no por esto callaba la encolerizada lugareña.

— Vamos á ver—rugió de pronto dirigiéndose á Faquimo.— Villano: ¿quién eres tú para acercarte á Manuela? ¿Quién eres?

Faquimo se detuvo: palideció de coraje, porque aquella pregunta le había herido como agudo puñal en mitad del corazón, y con amarga ironía respondió:

—¿Que quién soy? ¿Pues quién he de ser? ¡un hijo del Moro! ¡Una criatura á quien su madre no quiso alimentar á sus pechos!

Don Lucas salió de la estancia cabizbajo y preocupado.

—Bueno—dijo de pronto Victoria con acento de paz. —Callarsus una y otro. Que éste la quiera ó no la quiera, que se case con ella ó no se case, que nada de esto nos importa ahora, el caso es que Manuela no quiere casarse con el Esteban, de manera que esto es negocio concluído. No es menester vocear más, ni tomar más enojo, Antonia.

—Eso es: y que todo salga á tu gusto, ¿verdad?

—Pero no seas atestada, mujer. ¿Por qué te habrá hecho Dios la cabeza tan dura? Si no le quiere la muchacha, si no consiente en casarse con él...

—¿Y quién tiene la culpa? ¿Quién le ha puesto esas terquerías en el magín?

—Dale! ¿pero no acabas de oír lo que le ha jurado á éste de no casarse sino con él?

—Pero ¿quién les ha metido en esos fregados, quién?

—¡Mala sangre y peor maña! Pero ¿quién te ha metido á ti entre ceja y ceja esa mentira tan grande? ¿Qué he sabido yo nunca de si se querían ú no?

—Sí, eh? ¿Y entonces por qué te se ha atravesado en el gznate el Esteban?

Victoria dió al traste con la prudencia, y con voces descompuestas exclamó:

—Porque la queréis casar por el dinero, y nada más que por el dinero; porque sois unos tacaños; porque queréis martirizar á la chica nada más que por vuestro interés; porque sois unos orgullosos que queréis que en todo el pueblo se diga que se ha llevado Manuelilla el mejor partido; porque no tenéis corazón, ni entrañas para con ella; porque la tratáis peor que á una criada; porque la ponéis á oficios que no la perte-

necen, y la tenéis esclava de vuestros caprichos: por eso, por eso, y por eso, he plantado la proa á la boda, y digo más...

—¡Mala hermana, mal corazón, que no respetas ni á tu sangre!—vociferaba la Antonia.—No eres mi hermana, no, ¡anda, culebrón!

—Y digo más—continuó la Victoria—y digo más: la chica no sale de esta casa, ¡no sale, no señor, no sale y no sale!...

El cura y los maridos de ambas hermanas se interpusieron á tiempo que el altercado iba á pasar de palabras á hechos. No sin trabajo consiguieron imponerles silencio.

Mas como Antonia no podía estar callada, comenzó á decir:

—Pues estamos buenos con la madrastra esa y el hijo del Moro. Qué bien! conchavándose á la chita callando. Pues yo, cuando hago daño y voy contra uno, lo primero que hago es decírselo. Yo no me tapo la cara; yo no escondo la mano. Yo, los hechos al rostro, siempre. Y el modregote ese ¿de qué querrá mantener á la muy remilgada? ¿de heno ó de avena? Bien que con el dote que les va á dar esta otra... Ya, ya.

La Victoria, que procuraba hacerse la desentendida, á lo cual le ayudaba el cura haciéndole señas de que callase, dijo así entonces:

—Pues mira. Bien sabe Dios que nada sabía de si se querían ó no; pero nada más que por esas palabras con que me estás injuriando, te juro, Antonia, que has de ver al Faquimo casado con tu sobrina. Y nada más: les doto á ella y á él. Lo que oyes.

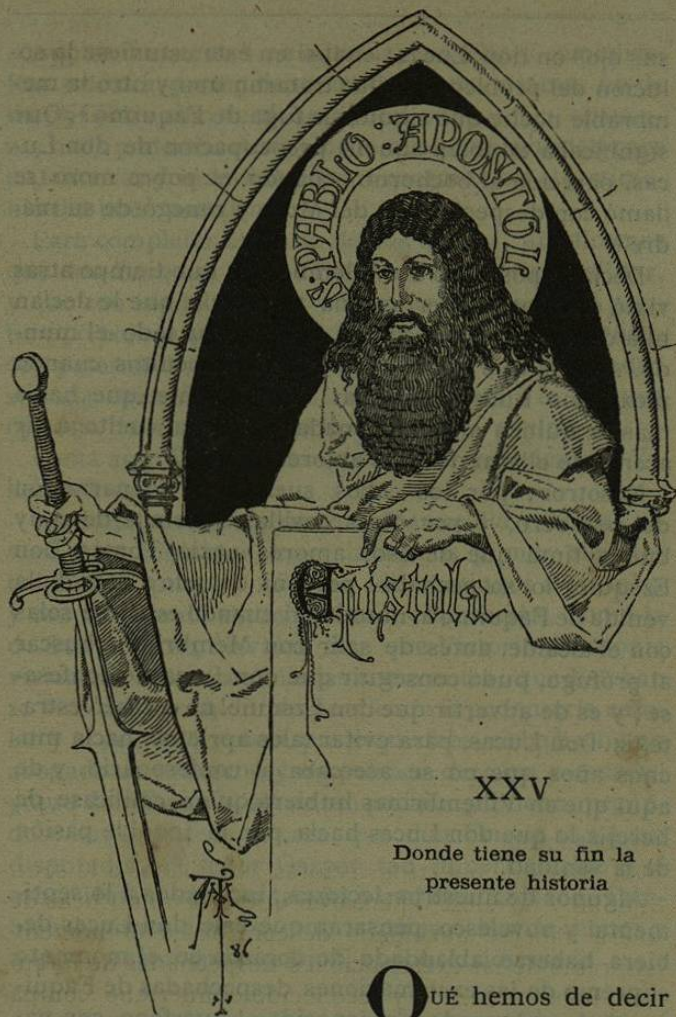
—¿Sí? pues está bien—respondió Antonia encogiéndose de hombros y haciendo con los labios un gesto despreciativo.

En esto entró el alcalde con su hijo, Membrillo y el señor Frutos, y dijo:

—Señores, el contrato matrimonial queda desbaratado. Ni mi hijo ni yo nos alteramos por tan poca cosa. Buenos días.

Y el alcalde con todo su séquito se fué.

Al poco se fueron también la Antonia y el Homobono sin hablar una palabra.



XXV

Donde tiene su fin la
presente historia

QUÉ hemos de decir cuando los dos rústicos enamorados alcanzaron el logro de sus ansiados deseos, y los demás cesaron en sus locas porfías? Sin embargo, nos resta algo que decir.

¿Qué significaban las inquietudes mentales de don Ezequiel en el drama de la Granjilla, y por qué ponía

sus ojos en don Lucas, cual si en éste estuviese la solución del problema? ¿Qué trataron uno y otro la memorable noche que siguió á la fuga de Faquimo? ¿Qué significaba también aquella preocupación de don Lucas, parecida al bochorno, cuando el pobre mozo se llamó con despecho hijo del Moro y renegó de su madre?

Decía el posadero de Villembrines, que tiempo atrás vivió en aquellas tierras una tal María que le decían hija de bruja, por lo cual la despreciaba todo el mundo. Añadía que con ella tuvo amores ocultos cuando mozo don Lucas Igualada. Y finalmente, que hacía más de quince años que nada se había vuelto á oír acerca de ella ni de tales amores.

Nosotros, por los cabos sueltos de la narración del posadero, y por otras cosillas, sabemos de muy buena tinta que de esos amores nació Tomás. Don Ezequiel lo sospechaba, pero ni cuando á raíz de la venida de Faquimo al mundo, ni cuando estuvo á solas con el alcalde, antes de salir con Membrillo á buscar al prófugo, pudo conseguir que don Lucas lo confesase; y es de advertir que don Ezequiel no escaseó estrategia. Don Lucas, para evitar tales aprietos, hacía muchos años que no se acercaba al confesonario, y de aquí que en Villembrines hubiera quien calificase de herejía lo que don Lucas hacía por la innoble pasión de la vanidad.

Algunos de nuestros lectores, inclinados á lo sentimental y novelesco, pensarán que este don Lucas debiera haberse ablandado de corazón en el momento supremo de las exclamaciones despechadas de Faquimo, haber abrazado y reconocido el huérfano con paternal cariño de que hasta entonces no había dado muestras: nosotros pensamos que esto hubiese sido muy humano, muy moral y muy justo; pero esas *anagnorisis*, es cosa de que por desgracia sólo se ven

ejemplos frecuentes en antiguas novelas y comedias. Por nuestra parte, fieles cronistas del drama, no de mentirijillas sino verdadero, de Á ORILLAS DEL GUADARZA, nada podemos decir sino lo que pasó, sin meternos en fantasías y moralidades que contradigan el testimonio del buen posadero.

Para completar el relato de los hechos, añadiremos que don Ezequiel libró á Faquimo del servicio militar, y que con efecto el mozo y la moza se casaron al poco tiempo bajo la protección de Victoria y Gaspar, quien con paternal largueza les cedió una pequeña heredad situada más allá de la Granjilla, junto á la margen opuesta del río, donde se instalaron los novios.

Hasta aquí llegó en sus noticias el posadero de Villembrines.

Supimos recientemente que Manuelilla y Tomás vivían muy contentos, muy honrados y muy alejados del pueblo, pues sólo subían los domingos á oír misa y con ocasión de alguna fiesta ó celebración, como la de San Antonio, Navidad etc.; que Victoria y Antonia vivían tan mal reconciliadas como antes; que Esteban se vino á Madrid, donde perdiendo la pedertería escolar y el *pelo de la dehesa* que le quedaba, se ha hecho un abogado de provecho y un político de capa y espada; y que don Ezequiel sigue tan pacífico y bueno, pegándose largos paseos de caza, que don Frutos sigue tan disputador, el señor Gaspar tan imperturbable y el señor Homobono tan tacaño y mal intencionado. También supimos que hay uno á quien echar de menos y á quien encomendar á Dios: el pobrecito abuelo. . . .

Y ahora, piadoso y benévolo lector que hasta aquí has tenido paciencia para escucharme, ya que no desdijiste mi compañía al venir á este escondido y olvidado lugar de Castilla, úneme á mí al abandonarle para siempre. Da una última ojeada á la nave ojival de la

iglesia, pero no te cuides de ese trapantojo de la hipocresía y bajeza humanas que llaman el Moro Faquimo; ven por estas calles tortuosas, despídete del palacio plateresco donde habita el orgulloso cacique del lugar, y después de la casa del señor Homobono, que está como sabes á la derecha mano, según que subimos por la carretera, y tiene cinco ventanitas arriba, cuatro debajo y el portón verde en medio. Montemos los pollinos que nos trajeron y bajemos por la carretera á la par que el risueño y sosegado Guadarza; recreémonos entre tanto con la vista de los extensos y ya segados campos, que tan lujosos de mies hallamos á nuestro arribo, y la no menos grata del Cerrillo del Diablo en medio de la hondonada donde pacen las cabrillas que apacienta Ramón, y las laderas de las cercanas colinas donde sestean las ovejas merinas y churras de don Lucas Igualada; todo tan hermoso, porque lo ilumina este sol tan pródigo de luz y de alegría, y lo cobija este cielo azul, tan sereno y magnífico, de nuestra España.

Adelantando, dejemos á un lado el valle de la Granjilla, de la cual sólo alcanzamos á ver el tejado de la casa, cubierto de verdín, sobre el cual se alza el palomar con la jarra por señuelo, que puso Faquimo, y la tosca chimenea ennegrecida.

Antes de tomar la vuelta que hace el camino, contemplemos por vez última el pueblo, al final de la cuesta y al pie de la extensa y achatada loma que recorta al cielo en el horizonte, sobre la cual se destaca el centenar y medio de casitas ya blancas, ya de color de ladrillo, y más alto que ellas la mole de piedra oscura con su campanario cuya alta aguja desafía al firmamento. Demos un adiós á Villembresines...

Continuemos.

Esos campos, sembrados de hortaliza en su mayor parte, que están lindando con el camino, son la here-

dad de Tomás. En aquella casita blanca que se distingue tan lejos, allí vive.

Ese hombre que viste á lo lugareño y conduce el par de mulas que aran este inculto terreno, y nos da las buenas tardes con tan sencilla cortesía, parece que canta á media voz.

Canta una copla:

«Lo mismo es decirme á mí
que te olvide y no te quiera
que decirle al sol que pare
en medio de su carrera».

Es aquel hombre á quien la vileza humana hizo renegar de su origen, y de su miseria y de su propio ser, cuya frente anubló la tempestad de la pasión, haciéndole concebir el más abominable plan. ¡Es Faquimo que hoy vive el más bueno, más humilde y más feliz de los mortales!

